

EL INFORME CANCHORARIA

Enrique López Aguilar

a Marta¹, Ángel José Fernández² y Raúl Torres³, a quienes, de una forma u otra, este texto les debe la vida.

Una tarde de 1991, hacia mediados de agosto, me enteré de un acontecimiento que sacudió las bases del edificio futbolístico mexicano. Tomaba una taza de café en la librería El Juglar mientras ojeaba un libro de Rosario Ferré recién adquirido por mí (me parece que se trataba de *Papeles de Pandora*) y me preguntaba si había hecho bien en comprar, además, un disco compacto con los quintetos para clarinete de Mozart y Brahms, con Gervase de Peyer y el *Ensemble "Melos"* de Londres. El tiempo iba desgranándose entre esas ensimismadas reflexiones y el sonido y el frescor de algunas gotas de lluvia que comenzaron a caer melancólicamente sobre la arbolada glorieta que se encuentra frente a la librería. Más tarde, la llovizna se convirtió en una furibunda tormenta. Lo único que, en realidad, podía explicar mi presencia en la librería durante esa tarde lluviosa era que Pepe Tapia, alumno de redacción al que yo esperaba (y que era, además, ejecutivo del departamento de finanzas del Banco de México), llegó retrasado cuarenta y cinco minutos a

nuestra cita, tiempo más que suficiente para consumir dos tazas de café cargado y comprar un libro y un disco.

—¿Qué pasó? —le pregunté, al verlo ascender hasta el umbral de la cafetería⁴.

—Nada... nada... —respondió, agitado—. Sólo venía... a decirte que... que no voy a poder quedarme... a la clase.

Cuando terminó de hablar, se derrumbó sobre una silla. Dejé que recuperara el aliento y, entonces, le volví a preguntar:

—¿Venir a decirme que no puedes quedarte para tomar la clase te hizo llegar tarde?

—No, no... lo que ocurre es que me acabo de enterar de que el árbitro del partido de hoy, en el Azteca, es el doctor Néstor Canchoraria.

—¿Quién juega?

—Morelia contra Correcaminos.

—¿De veras hay equipos que se llaman así?

—Sí, pero lo importante no es el juego sino el árbitro. Como ya estaba muy intrigado, volví a preguntar:

—¿Por qué?

Con esas dos palabras impregnadas de curiosidad me enteré de una complicada historia. Pepe miró su reloj, pidió un café y aceptó contarme en veinte minutos la crónica que, a continuación, ofrezco. En realidad, tardó cerca de tres horas en hacerlo y ya no

pudo llegar al estadio, pero yo me sentí resarcido por los cuarenta y cinco minutos de retraso y por la clase cancelada tan abruptamente.

El doctor Néstor Canchoraria, afamado cirujano plástico que tenía su consultorio en el hospital Ángeles, era un argentino bien parecido y vanidoso que se codeaba con la alta burguesía mexicana gracias a su eficiencia para restaurar, corregir, agregar, suprimir, expandir y adelgazar todo aquello que la vida hubiera propiciado en las mujeres de la alta sociedad. Sus honorarios eran tan altos como la burguesía atendida y, para ello, contaba con el dinero y con la idea de los grandes burgueses de que la apariencia de sus



Edgardo Codesal. Fotografía © REFORMA

esposas es parte importante y semoviente de su inventario personal. Así era que un lema colgaba de la pared del consultorio: *"lo que natura non da, Canchoraria se lo otorga"*.

Estaba casado con la frondosa ex actriz dominicana Bárbara del Hoyo, cuyas belleza y opulencia eran la mejor tarjeta de presentación del cirujano, lo cual no era obstáculo para que tuviera aventuras con algunas de sus pacientes. Barbarita lo sabía y callaba, tal vez por su certeza de que ninguna de esas aventuras tendría mucho futuro. Sin embargo, una mujer desmesuradamente seductora se atravesó en el camino del médico: la joven Conchita Buelna. Bárbara se enteró de todo, pero no estaba dispuesta a ceder

nada de la fortuna personal que le había ayudado a amasar a su marido, de manera que fue más el cálculo que el amor lo que la hizo permanecer a su lado... y, tal vez, el deseo incipiente de vengarse.

Conchita distrajo al doctor Canchoraria de su hogar y del consultorio y casi logró sustraerlo de otra actividad que compartía con un íntimo amigo suyo, también médico pero ginecólogo: Edgardo Codesal. Ambos eran árbitros en la primera división del fútbol mexicano y disfrutaban esa competencia complementaria en la que el balompié y el cuerpo femenino ('vos por dentro y yo por fuera, ¿qué preferís?') sumaban puntos para los dos en un marcador imaginario que contabilizaban escrupulosamente ('pues empezará por fuera, pero todo acaba adentro, ¿no?', 'y sí, como los goles, ¿verdad?').

El desenlace natural hubiera sido un divorcio, un escándalo o una fuga, pero lo sorprendente fue que Concha dejó al doctor Canchoraria. Codesal alcanzó a escuchar el final de la discusión de la pareja, en el consultorio, donde entró creyendo que su amigo estaba solo:

—¡ible que hagas tantas operaciones en tus pacientes y no puedas arreglarte eso.

Después, ¡paf!, un portazo, una mujer joven y absolutamente apetecible emergiendo del privado, dirigiéndose hacia la salida, pasando junto a Codesal como si no existiera.

—¿Qué ocurrió? —le preguntó Codesal a Canchoraria, después de entrar a su cubículo y encontrarlo desolado, detrás del escritorio.

—¿Qué?

—Esto que vi, hombre. ¿No era Concha? Parecía enojadísima.

Tal vez la intensidad del momento propició la confesión de Néstor Canchoraria: tenía abierta la bragueta del pantalón. A duras penas, Codesal logró la identificación de lo que debía ser el fundamento de la fama donjuanesca de su colega: un apéndice pequeño, flácido y humillado se arrinconaba detrás de la tela de los pantalones y los calzoncillos. Codesal, respetuoso a pesar de sus ganas de reír, le preguntó:

—¿Y cómo así? ¿no tienes fama de ser un tigre con las mujeres?

—Sí —respondió el aludido entre sollozos—, pero mis aventuras son efímeras porque siempre trato de dar abasto con manos, lengua y boca.

—¿Nada más?

—¡Síííí!

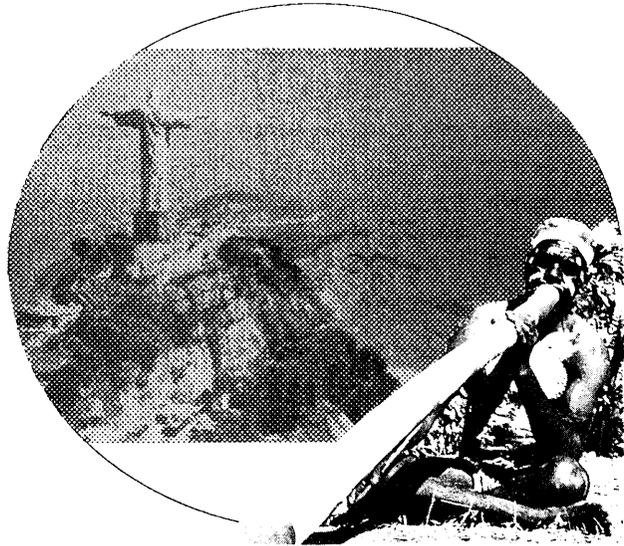
Codesal dejó a su amigo en la desolación del consultorio. Todavía se podía respirar el perfume que Concha había dejado en el ambiente antes de salir.

A los pocos días, remitió a su amigo una discreta tarjeta que decía: *Tengo la solución para tus problemas. Debes viajar a Brasil, a la región amazónica, para entrevistarte con Tutú, el médico jíbaro. Ven a mi casa a tomar una copa, hoy, a las cinco de la tarde. Saludos, Edgardo*. A pesar de la humillación recibida, Canchoraria asistió puntualmente a la cita. En casa de su colega también estaba el arquitecto Rodesio Malpica, esposo de una de las pacientes a las que había servido como médico y lingüista: Agripina Santoyo. Después de asegurarse la discreción de los presentes, éstos le explicaron con detenimiento el mecanismo científico del doctor Tutú: si los jíbaros tienen la capacidad de reducir cabezas con sus brebajes y emplastos, también pueden lograr lo contrario, ¿no?, porque mira que, en tu caso, la operación consistiría, precisamente, en hacerte más grande la cabeza. A Canchoraria no le hizo ninguna gracia la risa incontenible que se apoderó de sus interlocutores, pero se aguantó las ganas de irse, confiado en que las premisas de las que partía Codesal eran razonables. Obtuvo la información necesaria y comenzó a preparar su viaje a Brasil. Canceló intervenciones quirúrgicas y partidos de fútbol, pues su apresuramiento nacía de la urgencia de reconciliarse con Conchita⁵ y de evitar que ella derramara por toda la burguesía su condición de triste enano sexual.

Treinta días después, hechas las paces con Barbarita, viajó con ella hasta Río de Janeiro, lugar desde el que debía tomar un vuelo local hacia la Alta Amazonia. Sus contactos le allanaron todos los problemas: desde la embajada de Brasil en México obtuvo una cita con Tutú, a pesar de la saturadísima agenda del médico jíbaro. Y allí, en ese viaje hacia lo ignoto, se pierde la información certera respecto a lo ocurrido con el doctor Canchoraria. Un mes después, en una

suite del hotel Hilton de Minas Gerais, lugar al que se había retirado Barbarita tratando de consolar su soledad con un mulato de Río, cuyo nombre era Terencio, fue alcanzada por una discreta comitiva que le llevaba un pequeño paquete sostenido en una especie de palanquín: era lo que había sido su esposo o, mejor dicho, lo que era y lo que podía ser. Su cara y el torso eran idénticos, pero del cuerpo habían desaparecido los brazos y las piernas. La primera reacción de Barbarita fue de horror, pero su esposo la tranquilizó con una sonrisa y su voz aterciopelada de siempre:

—Nada se obtiene si no es dando una cosa por otra.



Río de Janeiro

Medico Brujo. Fotografía © AÑO CERO

Lo malo es que ya no podré ejercer la cirugía y tendré que dedicarme al arbitraje de fútbol, ¿mirás? Y Barbarita miró un brazo, una anaconda, una trompa de elefante que emergía del bajo vientre del doctor Canchoraria; después la pudo verificar ella misma con una gula que le hizo olvidar las habilidades de Terencio. A los dos meses, cuando regresaron a México, Barbarita se encontraba exhausta y satisfecha, pero no se habían borrado de su cabeza los deseos de venganza: ahora que él dependía totalmente de ella, sabía sacar ventaja del asunto.

Durante un año, el doctor Canchoraria no pareció depender de Barbarita, pues se las ingenió para mantener el consultorio en pie a expensas del prestigio

de su nombre. Él iba todos los días al hospital para vigilar que los honorarios, la hospitalización y la eficiencia de sus subalternos se cumplieran inflexiblemente. Como ya era costumbre, su esposa no podía (no debía) acompañarlo durante esas horas de trabajo en las que él, ahora sí, tenía tiempo todo el tiempo para satisfacer a su amante y vengarse de la escena que había presenciado su amigo Codesal: Conchita ya no salía del privado que Canchoraria ordenó construir adentro de su consultorio, y es previsible que ella no resintiera la falta de extremidades contando con aquella que la llevaba al paraíso, sacudiéndola desde su nombre hasta el bajo vientre⁶. Por si fuera poco, Canchoraria no parecía despreciar los servicios sexuales de su mujer, por lo que, en poco tiempo, Concha y Barbarita tendieron a mostrar a sus amistades un rostro fatigado pero ronroneante y goloso. Entre los ¿qué tendrá? ¿qué ocurre? ¿ya supiste lo que le pasó al doctor? ¿a Néstor? ¡no me digas!, el consultorio del cirujano comenzó a repletarse de mujeres ansiosas, hasta el punto de que su dueño se vio obligado a construir una extensión del mismo dentro del hospital. Su secretaria, Felisa de la O, quien participaba de la misma felicidad⁷ que las pacientes iban a buscar en el sótano 69, manejaba las citas y llamadas del doctor con rigor prusiano, por lo cual éste fue dejando de lado a Conchita. Sin embargo, el riesgo de una alianza entre su esposa y su amante llevó a Canchoraria a ponderar la moderación de su conducta mediante un sabio recurso: el del deporte. Ya era tiempo de regresar al fútbol, de manera que el espacio del consultorio fuera concluido y el del estadio, bárbaro.

El mecanismo para regresar al arbitraje parecía simple pero estaba lleno del indudable ingenio de un ser semejante a Odiseo, fecundo en recursos⁸. El doctor Canchoraria ordenó a la compañía Mercedes Benz la construcción de una silla de ruedas con motor de doscientos caballos de fuerza, manipulable a control remoto, de cinco velocidades, automática, deportiva, doble tracción, convertible, con ruedas de doble ancho, rines de magnesio, defensas traseras y delanteras, suspensión independiente en cada rueda, con los respaldos y el asiento de piel y un cinturón

de triple seguridad. Cuando la silla quedó lista, la envió a IBM con el encargo de generar el mecanismo cibernético que permitiera izar banderas amarillas y rojas, según el caso; el mecanismo de intercomunicación con quien manipulara el control remoto (es decir, con Barbarita); el mecanismo para producir con extremada potencia los sonidos de un silbato; una computadora con pantalla para fijar, por medio de la voz, el registro de los jugadores, el tiempo recorrido durante el partido, las boletas de expulsión y amonestación, etcétera; finalmente, el emisor-receptor de las poderosas señales del control remoto, no mayor que el de un control televisivo. El espacio desde el que Barbarita dirigiría los movimientos de su esposo, a lo largo y ancho de la cancha y de las horas del partido⁹, sería un palco del estadio con los televisores y aditamentos necesarios para que ella tuviera siempre a su esposo en el lugar mismo de la jugada.

Pepe Tapia concluyó su narración a las ocho de la noche. El café y los cigarros habían menudeado durante el tiempo transcurrido; ya no llovía pero quedaba un aire muy fresco en el ambiente y era de noche. Se me ocurrió preguntarle:

—¿Cómo sabes todo esto?

—Porque soy hermano de Virginia Tapia, la mejor amiga de Concha.

No hablamos más. Nos despedimos y regresé a casa con la conversación, el libro de Rosario Ferré y el disco de Mozart y Brahms a cuestas. Me imaginé que el partido de fútbol ya habría terminado, así que me dirigí hacia el departamento de mi madre¹⁰. Para mi sorpresa, me encontré allí a Marta¹¹: las dos habían visto el partido, que concluyó 4-1, a favor de Correcaminos, pero, más que el partido, su entusiasmo y admiración se desbordaban hacia la originalidad del árbitro, no sólo por su peculiar estilo para dirigir el juego, sino por la justeza, la precisión, la exactitud y la rapidez con la que había estado en to-das-las-ju-ga-das.

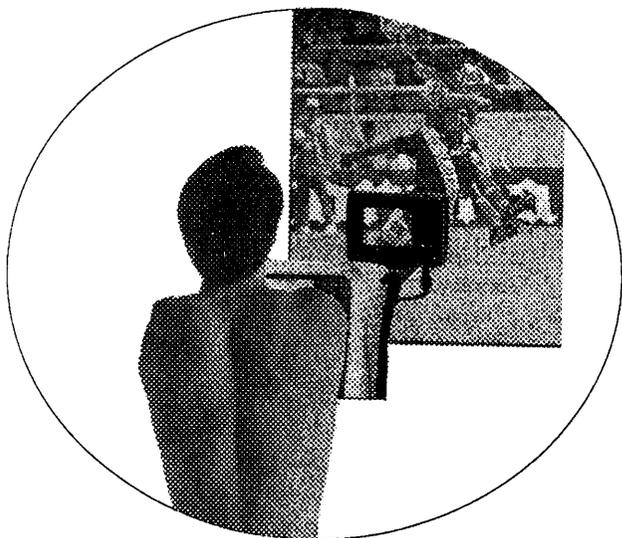
—¿En todas?

—En todas.

La descripción que ambas hicieron del trabajo arbitral, de la silla de ruedas y de la condición de

Néstor Canchoraria, no varió gran cosa de la que me había ofrecido Pepe Tapia, de manera que más bien fui yo quien, a través de una versión sintética, las puse al tanto de los pormenores biográficos del susodicho. Con el poco sueño, por culpa del café, los whiskys del caso y la admiración por lo sucedido, Marta y yo terminamos yendo a la cama alrededor de la una de la mañana.

Más adelante, a través de la prensa o de algún partido televisado, pude comprobar lo maravilloso y extraño que resultaba mirar a una silla de ruedas con un molote¹² humano en su interior, cruzando a toda velocidad la cancha, eludiendo jugadores, antici-



Fotografía © OVACIONES

pándose al balón y haciendo surgir de cada costado banderas rojas para expulsar, y amarillas para amonestar a los jugadores. Me quedó la certeza de que el público ya no veía el juego sino el desempeño del árbitro a través de toda la cancha: Néstor Canchoraria logró lo que ni Pelé ni ninguno de los grandes *cracks* había conseguido: alcanzar la gloria efímera de ser ellos mismos el partido y el centro de atención del público. Me atrevería a decir que los futbolistas ya no jugaban tan bien con tal de no perder detalle del árbitro.

Por razones como las que anteceden, la película de *Batman* no tuvo ningún éxito comercial en México; Codesal comenzó a ser olvidado, no obstante haber

participado como árbitro en la final mundialista de Alemania contra Argentina; intuí que la popularidad de Canchoraria se habría acrecentado con su participación en el deporte y que las filas de admiradoras eran las responsables de que el Camino a Santa Teresa¹³ tuviera tantos y tan constantes problemas de tránsito. En alguna foto del periódico, Canchoraria me pareció guapo pero ridículo y levemente monstruoso. Con el tiempo lo fui olvidando por lo poco aficionado que soy al fútbol y porque intereses más importantes me requerían. Pepe Tapia ya no agregó ninguna información relevante en nuestras siguientes reuniones, que se interrumpieron hacia mediados de octubre. A través de ellas, sólo corroboré lo imaginado: que el doctor Canchoraria se distribuía salomónicamente entre Concha y Bárbara, que seguía propiciando sus encuentros furtivos con todas las pacientes que se dejaran (después de todo, pensé, sacrificó sus cuatro extremidades con tal de lograr un apéndice que lo llevara a la ejecución constante del acto sexual) y que una enemistad surgida de la envidia había separado violentamente a Canchoraria de Codesal. Sin embargo, tuve que volver a saber de Canchoraria por el funesto día en que arbitró el clásico de clásicos: el partido de América contra Guadalajara que se jugó en el estadio Jalisco.

El domingo 27 de enero de 1992, salido el mes de la dulce y tonificante influencia de Capricornio para entrar a la siempre húmeda de Acuario, mi madre organizó un festín familiar que giraba alrededor de la segunda vuelta del partido América-Guadalajara. Yo aduje mil pretextos para no llegar a la hora del partido; Marta excusó tener que preparar unos trabajos finales para la Escuela; Fernando¹⁴, que tenía una reunión de trabajo con sus alumnos¹⁵. Sin embargo, ante las palabras mágicas de *Néstor Canchoraria*, las voluntades se rindieron y asistimos a la comida, con todo y partido de fútbol.

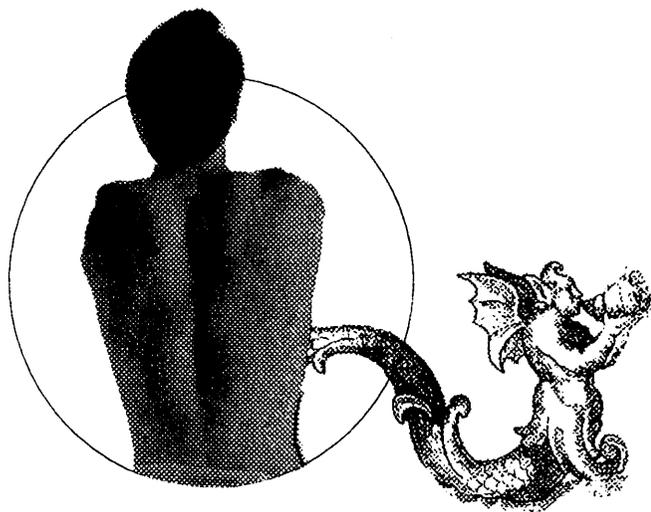
Durante las entrevistas preliminares, el árbitro argentino explicó: 'mirá, pibe, así como estoy no puedo ni espantarme las moscas, pero daré lo mejor de mí para arbitrar este juego tan importante'. Después, entre el fragor de los whiskys y de la opípara botana que es característica de mi madre cuan-

do invita a tales acontecimientos televisados, me di cuenta de que, también para ella, resultaba más interesante observar al árbitro que a los jugadores. Una bella porrista, Cuca de la Calle, más digna de ser manipulada por sus curvas que un balón, declaró: 'ay, es que ahora sí, con Néstor, todos quedamos conmocionados después de cada partido'.

–La que se encuentra en estado de conmoción, pero cerebral, es ella –comenté.

–Ya vas a empezar –me recriminó Marta.

–Siempre lo mismo –se quejó mi mamá–, nunca podemos estar viendo un partido sin que comiencen los comentarios irónicos.



–Si no quieres ver el partido, vete a hacer tus cosas –concluyó Fernando, de manera harto descortés.

Opté por guardar silencio y mirar los acontecimientos en la televisión, sin saber que iba a enfrentar el desenlace de todas las circunstancias que Pepe Tapia me había contado cinco meses atrás.

Pensé en Bárbara y en Concha; me pregunté si Concha seguiría siendo amante de Canchoraria; me pregunté si Bárbara no se habría conseguido algún amante para consolarse o si no lo tendría desde antes de la transformación genital de su marido; me pregunté si la promiscuidad del cirujano no lo podía acercar a los peligros del sida. Sonó el silbatazo del inicio (una bocina colocada en el costado derecho de

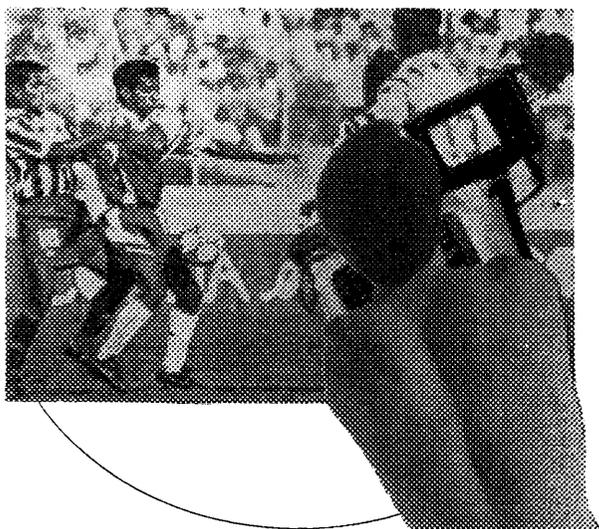
la silla arbitral) y dejé de pensar para abstraerme en las densidades del fútbol.

Al principio, nada parecía especialmente sorprendente: la silla se movía junto con un sujeto comunicado al palco a través de un sistema que descansaba sobre la cabeza para conectarse con su oído derecho y su boca. Surgían banderas, si era necesario, o flechas luminosas sobre el domo transparente que recubría la silla, con lo cual se indicaba en qué dirección debería despejarse el balón. La silla iba y venía a gran velocidad, sin tocar a ninguno de los jugadores y las cámaras lograban acercamientos abismales para contemplar de cerca las gesticulaciones y el rostro de Néstor Canchoraria. El primer tiempo concluyó 1–1 y me puse a pensar que a todo se acostumbra la gente, inclusive hasta el punto de ya no sorprenderse frente al espectáculo de un árbitro tullido.

Los comentarios del tiempo de descanso fueron, como siempre, extraordinariamente banales, así que nos dedicamos a comentar lo que ya sabíamos del árbitro argentino. Yo estaba dispuesto a retirarme para terminar de leer *Si una noche de invierno, un viajero...*, de Ítalo Calvino, pero me retuvo la certeza de que algo había cambiado en el inicio del segundo tiempo. Para empezar, después del silbatazo, el balón se dirigió hacia la media cancha del lado derecho y la silla de Canchoraria se dirigió hacia la izquierda. Después, mientras los jugadores del Guadalajara anotaban un esforzado gol entre un tumulto de adversarios, la silla arbitral se encontraba estática, como si deseara contemplar la beatitud del portero tapatío. Cuando se escuchó el estruendo de la anotación, Canchoraria se dirigió a toda velocidad hacia el campo contrario y dio por anulado el gol. Un zafarrancho de jugadores tapatíos, sorprendidos y enojados, se arremolinaron alrededor de la silla, pero ésta salió disparada hacia el centro de la cancha, dio un silbatazo y los jugadores del América, ni tardos ni perezosos, despejaron el balón desde el área chica. Como el portero "chiva" se encontraba prácticamente solo, el gol fue inevitable. Volvió a hacerse una trifulca en el centro de la cancha, Canchoraria consideró justo el gol americanista y, después, se dirigió hacia la portería del Guadalajara

para expulsar al portero, quien no había tenido ninguna intervención en el conflicto. Los abanderados se acercaron a Canchoraria pero éste arrancó, se ubicó otra vez en el centro de la cancha y ordenó el despeje.

Otro acercamiento hacia la silla me reveló el sentido de lo que estaba ocurriendo: el rostro enrojecido, desencajado y gesticulante del ser que la habitaba, parecía gritar órdenes contrariadas y dejó saber a quien lo pudiera mirar que Bárbara estaba ejecutando su venganza al someter por control remoto a su esposo a los riesgos de un arbitraje desmesuradamente injusto y arbitrario¹⁶. Me levanté con lentitud,



Fotografía © OVACIONES

imaginando el final. Lo último que vi en la pantalla fue que la silla de ruedas giraba vertiginosamente alrededor de la portería del Guadalajara, como una celebración primitiva alrededor de la víctima, mientras el resto de la cancha se convertía en un campo de batalla. Cuando dos policías se acercaron al árbitro para sacarlo del estadio, éste los atropelló.

Más tarde, fui sabiendo los detalles que completan la historia: Bárbara huyó a Nueva York con Terencio (al terminar el primer tiempo, dejó el control remoto en manos de un infante con sospechosa filiación americanista; Canchoraria sólo pudo ser detenido cuando a la silla se le acabó la gasolina); Concha le asestó una ruptura irrevocable a su amante e inició

un tórrido romance con el abogado Juventino Parada, lo cual fue la comidilla de la burguesía capitalina durante algunos meses; la multitud de admiradoras de Canchoraria comenzó a ralear hasta que, finalmente, el cirujano tuvo que abandonar el hospital Ángeles por la falta de clientela y por lo alto de la renta del consultorio.

Después del partido, Néstor Canchoraria fue escoltado hasta la delegación de policía más cercana por miembros selectos del XIV Cuerpo del Ejército, acuartelado en Zapopan. El Ministerio Público se encontró frente a un ser amoratado por el congestionamiento e hinchado por la furia y la humillación y cuyas palabras no se comprendían. Después de un reposo hospitalario de dos semanas, pudo explicar su versión de lo acontecido. Las autoridades judiciales y futbolísticas fueron comprensivas, pero Canchoraria ya no pudo regresar al deporte. Una vez en México, tuvo que enfrentar los abandonos de su esposa, de su amante y de las admiradoras que lo asediaban; después, la crisis financiera derivada de su salida del Colegio de Árbitros y del hospital Ángeles lo orilló a despilfarrar el dinero que había acumulado durante los años precedentes. Estuvo a punto de volverse alcohólico hasta que una organización llamada Mano Amiga lo rescató de las garras del vicio y lo hizo confrontar su (in)dignidad. Néstor Canchoraria comenzó a pedir dinero en el pasaje del metro Pino Suárez y, después, como resultado de lo extraño de su silla de ruedas y de la operación a que se dejó someter en Brasil, terminó como uno de los miembros más pintorescos del Circo Bonus¹⁷.

*'La vida es más chistosa que la mierda'*¹⁸, declaró Joe, de Detroit, un personaje secundario de *Érase una vez en América*¹⁹, última película filmada y dirigida por Sergio Leone, y musicalizada memorablemente por Ennio Morricone. Si Joe hubiera conocido a Néstor Canchoraria, habría tenido que reconocer que su afirmación también puede tener tintes trágicos. Sin embargo, la frase de Canchoraria que lo retrata de cuerpo entero y permite asomarse a sus abismos espirituales, la que me aterra y me hace comprenderlo de otro modo es: *'así como estoy, no puedo ni espantarme las moscas'*.

A través de Pepe Tapia supe que, paradójicamente, el excirujano plástico se encuentra ahora en Brasil, uno de los lugares a donde el Circo Bonus tenía proyectado viajar este año.



Fotografía © 1980 Editorial Cumbre, S. A.

NOTAS

1 Esposa del autor, trece años menor que él. Nació en la Ciudad de México (1968) y se dedica a la restauración de bienes culturales (es una de las mejores restauradoras de su generación). En 1991 terminaba su último año de la licenciatura en la Escuela Nacional de Restauración, Conservación y Museografía "Manuel del Castillo Negrete", en Churubusco, mientras preparaba su tesis: *En busca de un recurso perdido: la técnica del minio en Nueva España a través de la obra de los hermanos Lagarto conservados en la Biblioteca Palafoxiana*.

2 Amigo del autor. Poeta (uno de los mejores de su generación), ensayista, investigador y editor nacido en Xalapa (1953), donde vive, trabaja (Universidad Veracruzana) y actualmente prepara su tesis de licenciatura, en 4 volúmenes: *Introducción sucinta a la obra completa de un poeta desconocido, veracruzano ilustre y xalapeño por adopción: Enrique González Llorca*.

3 Amigo del autor. Políglota, pianista, traductor (uno de los mejores de su generación) y filólogo nacido en la Ciudad de México (1958). Actualmente radica en Eichstätt, Alemania, en cuya universidad corre el riesgo de ser agredido por los *skinheads* ('rapados', 'pelones' de orientación neonazi) mientras prepara su tesis de maestría: *La pertinencia de los estudios comparados a través de un caso de desesperación filológica: la poesía latina medieval alemana y sus influencias en la poesía latina del padre Francisco Xavier Alegre*.

4 La librería El Juglar, ubicada en la calle de Manuel M. Ponce 233, en la colonia Guadalupe Inn del sur de la Ciudad de México, tiene servicio de cafetería al que se accede subiendo las escaleras que se encuentran a la derecha de la entrada, frente a la caja.

5 Debe suponerse que la cacofonía 'con Conchita' es un recurso

deliberado del autor que tal vez aluda a la duplicación del galicismo 'con', que significa 'coño', forma vulgar que se emplea en francés y en castellano para designar al órgano genital femenino. Esta hipótesis se refuerza con el añadido de que 'concha' significa lo mismo en castellano, especialmente en ciertas regiones lingüísticas de Sudamérica, como Argentina, lo cual produciría una ingeniosa triplicación del sentido: dos que afectan al nivel fonológico ('con-con') y una al nivel léxico ('conchita'), razón por la que, aparte de lo que se dice en la narración, esta aparente cacofonía equivale a un llamado de cortejo y apareamiento: '¡coño, coño, coño!', que erotiza formalmente a este párrafo.

6 Eufemismo por 'concha'. *Vid. supra*, n. 5.

7 'Felisa-felicidad' Aliteración o paracresis, figura de dicción que consiste en la repetición de uno o más sonidos en distintas palabras próximas. Se trata de una metábola de la clase de los metaplasmos porque involucra a los elementos morfológicos de las palabras. En este caso, la aliteración se presenta como juego de palabras, figura retórica que afecta a la forma de las palabras o de las frases y consiste en la sustitución de unos fonemas muy semejantes por otros que alteran, sin embargo, totalmente el sentido de la expresión. Esta figura se produce por adición-supresión (es decir, sustitución parcial de fonemas). Sin embargo, como 'Felisa' se deriva del latín *Felix* > 'feliz', 'fértil', el juego de palabras tiende a la reiteración del significado, con lo que se acerca al pleonismo: redundancia o insistencia repetitiva del mismo significado en diferentes significantes.

8 Cf. el uso de este epíteto en: Homero. *La Odisea*. Porrúa, México, 1992. ("Sepan Cuantos...", 4). *Passim*.

9 Nótese el juego aliterativo con el sonido 'ch' ('ancho', 'cancha') y el juego de palabras entre 'cancha' y 'horas', con el que se produce el apellido del personaje: cancha + horas > cancha + horario > cancha horaria = Canchoraria. *Vid. supra*, n. 7.

10 Rosa Aguilar Jofre, madre del autor, es célebre entre sus familiares y amigos por dos pasiones: la franciscana o jainita, que la lleva a proteger y adoptar a todos los animales, y la deportiva, especialmente la del fútbol y, dentro de éste, la del América. Ha colaborado por espacio de cuatro décadas en el Colegio Francés del Pedregal como secretaria y administradora (una de las mejores de su generación). Actualmente se desempeña como secretaria y administradora de la Residencia de San José.

11 *Vid. supra*, n. 1.

12 Especie de tamal que es característico de la Sierra Norte de Puebla, especialmente del poblado de Huauchinango.

13 Calle en la que desemboca la lateral del Periférico en dirección nortesur y que lleva, a pocos metros de la desviación, hacia el interior del hospital. Esa calle conduce a la avenida México, que es la que el autor acostumbra tomar para dirigirse a su casa. Sin embargo, no es imposible el uso de la hipérbola en la afirmación que sigue, ya que el tránsito del Camino a Santa Teresa no sólo debe atribuirse al hospital Ángeles, sino al Colegio del Sagrado Corazón y al ITAM, todos ellos ubicados en el tramo que arranca en el entronque de la lateral del Periférico con Camino a Santa Teresa y termina antes del semáforo que lleva a Fuentes del Pedregal.

14 Hermano del autor, exmiembro de un ya remoto Taller de los Sábados (de creación literaria). Aunque parezca lo contrario, nació después que el autor (México, 1956). Se dedica a la arqueología (es uno de los mejores arqueólogos de su generación) y aterroriza a sus alumnos en la ENAH. Actualmente prepara su tesis de maestría: *Reconstrucción topográfica y espiritual del modo de producción asiático y de la teoría del caos en la cultura ñāhñhūh dentro de una comunidad familiar en el Valle del Mezquital. Un caso: la familia Nopal*.

15 *Cf. supra*, n. 14.

16 'Arbitraje-arbitrario'. Juego de palabras que se acerca a la dílogia, tropo de dicción que consiste en repetir una palabra disémica -que posee dos significados- dándole en cada una de dos posiciones o en una misma, un significado distinto. En este caso, 'arbitraje' está empleado en el sentido de "hacer que se observen las reglas de un juego", y 'arbitrario', en el de "acto contrario a la justicia o las leyes".

17 Cf. E. L. A., "El milagro roto" en *Los rostros de Urania*, libro de cuentos de próxima y amenazante aparición.

18 'Life is funniest than shit'.

19 *Once upon a time in America*.